



DE LA TIERRA AL CIELO... O VICEVERSA

DE ESTRELLAS Y HOMBRES

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Creo que nunca lo lograremos. Aunque descubramos todos sus detalles, aunque sepamos (como ya sabemos) de qué están hechas, a qué distancia se hallan, su temperatura, sus ingredientes principales, su masa o hasta dónde extienden sus dominios...

Creo que nunca lo lograremos. Aunque descubramos todos sus detalles, aunque sepamos (como ya sabemos) de qué están hechas, a qué distancia se hallan, su temperatura, sus ingredientes principales, su masa o hasta dónde extienden sus dominios... Ni siquiera sabiendo cómo han nacido y como morirán acabaremos con la incógnita. El misterio, el interrogante (abierto, siempre abierto) permanecerá. Su grandeza está en su luz. Las estrellas son el enigma en mayúsculas. Hace un

millón de años, mil, hoy, mañana y para siempre.

Por mucha ciencia que se empeñe en perfilar la fisonomía, en escudriñar la tensión arterial, medir la salud (o la enfermedad) de las estrellas, pese a que la astronomía refine sus instrumentos, mejore sus métodos y alcance datos cada vez más precisos y abundantes, pese a nuestra pasión por “numerarlo” todo, cuantificando hasta los pormenores más insignificantes, las estrellas



siempre nos llevarán ventaja, y ridiculizarán nuestros logros. El valor de las estrellas, y el de nuestra relación con ellas, no reside (o no sólo) en los números que las describen, sino en la emoción que despiertan al ser descubiertas de niño, reencontradas de adulto y evocadas en la vejez.

No es plan esbozar aquí por qué cautivan las estrellas. Hay mil razones: abren el espacio hasta el infinito, el tiempo hasta la eternidad, destapan la caja de las exclamaciones cuando las vemos transitar veloces por el cielo y apagarse al instante siguiente (*parecen* estrellas...), apelan a fuerzas enormes, titánicas, nos permiten soñar con el delirio de un viaje hasta sus umbrales, y es habitual que nos hagan pensar en un poder, una inteligencia o un ánima que, más allá de las transformaciones atómicas responsables de su brillo, les dio la venia de la existencia. ¿Hablamos de Dios? Hablamos del por qué, hablamos de la causa última, de la razón que ha llevado a que exista todo y no la nada (al menos por aquí cerca...).

No es plan, tampoco, ponernos muy metafísicos, o muy místicos. Lo primero porque no suele llevar demasiado lejos, y lo segundo porque aunque sí lo haga, depende de la experiencia personal, del arrobamiento de la unión entre nosotros, la totalidad y la divinidad. Y esto es más inefable aún de explicar que la pasión por las estrellas... Pero, con todo, tampoco dejemos que las meras cifras cubran toda la visión del ágape estelar o que los telescopios se empañen con el vaho de la razón y no nos dejen contemplar el espectáculo de un mundo que puede ser disfrutado de otras formas, además de la ilustrada por el espíritu científico.

Hasta el Cosmos podemos deslizarnos de muchas maneras. Una puede ser la inquietud, un temor arcano que nos hace estremecer, por la infinitud de lo desconocido, lo extraño y lo hostil. Otra, el embrujo de ese mismo misterio magnificado por sabernos insignificantes, en materia, duración y tamaño, pero relevantes por ser conscientes de ello, y porque además, como dijo alguien a quien todos conocemos, “somos el medio para que el Cosmos se descubra a sí mismo”. Hay quien intenta tratar analíticamente el firmamento, parcelando

su estructura y contenido, midiendo, calculando, calibrando, obteniendo datos, aspirando a una comprensión física y mecánica del mismo. Y otros nunca han echado un vistazo por un ocular, pero sienten dentro de sí al cosmos, sin saber que ellos son éste, pero presintiendo. La ciencia les confirma lo que sentían; la razón asiente sobre su corazón.

A veces todas estas aproximaciones a la realidad de las estrellas se hermanan en una sola, y entonces podemos alcanzar una agudeza en el entendimiento del universo que ya no es sólo intuición, ciencia, temor ni arrobamiento, sino un crisol fundido de sensaciones, experiencias, comprobaciones y éxtasis sin fin.

Pero, ¿de qué hablo?, os preguntaréis. Vale, suena raro (¿absurdo, imposible?) que alguien pueda lograr una cosa así, es cierto, pero ¿por qué no intentarlo? Somos humanos, estamos en disposición de jugar con todos estos registros (y muchos más) de nuestro discernimiento del mundo estrellado. ¿Por qué limitarnos a uno de ellos? ¿Por qué examinar siempre el cielo como científicos, como místicos, como curiosos adolescentes o como clérigos intimidados ante el infinito, bajo una sola de esas ópticas, cuando nos es dado tener una vivencia integral del mismo, enriquecedora y plural?

Hay varios tipos de lentes que nos revelan el universo: una u otra sólo capta un color, pero empleándolas todas la luz se vuelve blanca, radiante, luminosa, y nos enseña el auténtico rostro del Cosmos.

Nuestra miopía es se remedia más fácilmente de lo que creemos...